

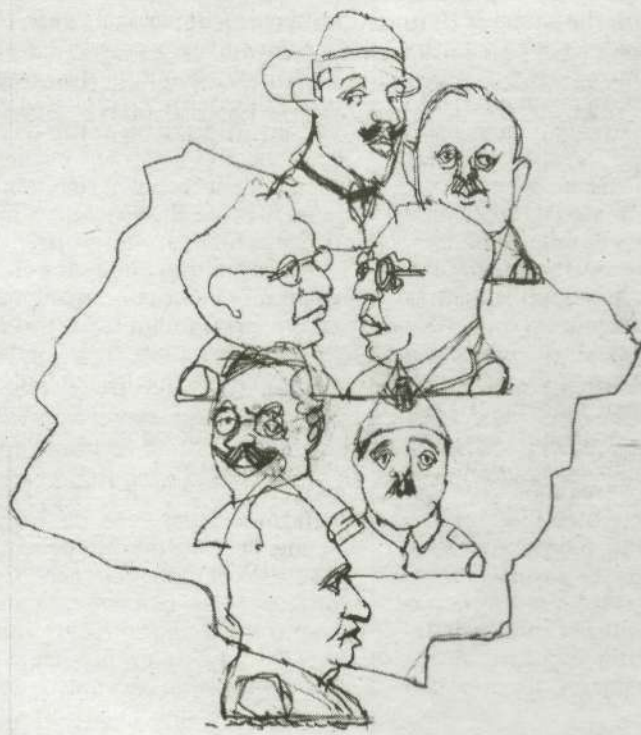
PEDRO SCHWARTZ

Un siglo de España, recordado

La llegada del año 1000 paralizó por el terror a Europa. No así la del año dos mil. Los españoles podemos recordar un siglo lleno de valientes innovaciones y paradas de mula manchega, de bien intencionadas reformas con pocos resultados, de gestos de paz anegados en ríos de sangre, mas también un siglo felizmente coronado por un repentino cambio de rumbo que parece habernos vuelto a la senda de la civilidad largo tiempo buscada. Puedo, pues, permitirme el lujo de mirar hacia atrás, porque escribo sin temor a que ningún precipicio insondable me espere con las fauces abiertas al otro lado de la Nochevieja.

He vivido este ingrato siglo por relatos oídos y leídos de quienes llevaban sus cicatrices, y por vicisitudes personales. Incluso puedo remontarme más arriba en la historia de Europa, a 1808, cuando el teniente Pierre Schwartz fue hecho preso por los españoles en la batalla de Bailén y confinado en Tenerife, donde se afincó. La familia Schwartz se topó con la tragedia política cuando un primo hermano de mi padre, alcalde de Santa Cruz de Tenerife por Izquierda Unida, acabó, al estallar el movimiento, en el fondo del puerto con una piedra atada a los pies. Mi padre, Juan Schwartz, monárquico y partidario de Franco, quedó curado de toda veleidad proalemana cuando, cónsul en Viena en la Segunda Guerra Mundial, fue testigo de la persecución nazi contra los judíos y pudo salvar a muchos de ellos gracias a que el Gobierno español concedía nuestro pasaporte a cuanto sefardí lo solicitara. El poeta León Felipe era tío de mi madre. El inicio de la Guerra Civil le halló en México, fiel a su sino de caminante. Volvió a España para mostrar su apoyo a la República de los pobres, pero al encontrarse aquí con la persecución desatada contra la Iglesia volvió a marchar. Los terribles versos que lanzó, como piedras el hondero, contra Franco le vedaron para siempre la vuelta a España. Pero yo remediaba su exilio a través de la lectura de cuanto escribía. Otro tío de mi madre, Julio Camino, fue un médico militar del Ejército de África, que curaba locos con hipnosis, y que apoyó lealmente al Ejército llamado nacional durante la contienda. Sobrino de ambos era el torero Arruza, cuyo incansable mano a mano con Manolete me apasionó.

Una familia originada en un prisionero de guerra, con republicano ajusticiado, monárquico pimpinela, poeta místico, loquero perturbado, torero de moda, es la mejor escuela de lo que significa ser español: supone pertenecer a una



AVALLONE

HAN SIDO TANTAS Y TAN efímeras las constituciones que un mínimo sentido de prudencia aconseja no tirar por la borda la del 78

familia de pueblos de los que cabe esperar cualquier cosa, y cuyas virtudes y defectos se han de tomar con la misma alegría o resignación que lo bueno y lo malo de la propia parentela. En todo caso, nuestra historia, al menos como yo la he vivido, es potente medicina contra el patriotismo y la cerrazón rival. En su modestia, el curso de mi vida también me ha enseñado a tomar a mi España con resignación y a sentir una alegría incrédula cuando las cosas van bien.

Recuerdo la España del tifus y el gasógeno, del estraperlo y las licencias de importación, de la formación del espíritu nacional y la censura de libros, periódicos y películas. Viví las revueltas estudiantiles, fui indultado al morir Juan XXIII, pero privado de una oposición bien ga-

nada por mi oposición al régimen. Estudié en Londres. Cumplí mis treinta años confinado por la dictadura en un pueblo de la sierra de Cazorla. Vuelta la libertad, desoí la recomendación del PSOE y voté a favor de la ley de Reforma Política. Refrendé con entusiasmo la Constitución. Como diputado, aprobé nuestro ingreso en la CE, pese a ciertas dudas que aún no he resuelto. La apertura del comercio y la libre competencia me han ofrecido posibilidades impensables en mis años universitarios.

La historia de España en este siglo es un relato de profundo cambio y sorprendente progreso, pese a lo tarde que pusimos el pie en la senda de la libertad económica y el acuerdo constitucional. Como ha mostrado Gabriel Tortella, fuerzas económicas seculares impulsaron al unísono la expansión económica del sur de Francia, de Italia, de España y de Portugal. Pero también es cierto que nuestra economía no despegó de verdad hasta que, en 1959, comenzamos a dejar atrás la protección arancelaria de Cánovas y Cambó, y la búsqueda de autarquía industrial de Primo de Rivera y Franco.

Han sido tantas y tan efímeras las constituciones con las que los españoles nos hemos gobernado, que un mínimo sentido de prudencia aconseja no tirar por la borda la del 78, que parece haber consolidado nuestras libertades personales y públicas como nunca antes en nuestra historia, de la que he recordado aquí algunos altibajos. Ahora, los partidos políticos y los sindicatos muestran alguna atención a las opiniones e intereses de la ciudadanía, aunque sufran de graves defectos de funcionamiento y financiación. El Estado de bienestar garantiza un mínimo vital a los más necesitados, aunque sea a costa de dispendio y burocracia. La educación alcanza a todas las clases, si bien deja que desear en cuanto a calidad. Las autonomías se han consolidado como parte de nuestra organización estatal, pero veo en algunas de ellas tendencias franquistas de construcción nacional y en todas un ánimo intervencionista propio del directorio de Primo de Rivera.

Son defectos que se podrían corregir, pero sin jugar con fuego, para no volver a los enfrentamientos civiles.

Prefiero no recordar que, durante las guerras carlistas, los facciosos fusilaban a los empleados del ferrocarril porque representaban el progreso y que, en la tercera de ellas, don Carlos VII plantó sus reales en Estella (Lizarrta).●

pschwartz@globalmail.net

De cenizos y emigrantes

LLÀTZER MOIX

El presidente Aznar empieza el año con mal pie. La triste coincidencia de su visita a la familia real en Lanzarote con el fallecimiento de doña María de las Mercedes, madre del Rey, ha disparado su fama de gafe. En la mañana de ayer escuché varios comentarios en este sentido. Comentarios facilones, sin duda, pero de esa especie que cala como la lluvia fina, y que anuncia un indeseado y muy enojoso sambenito.

A partir de hoy, los fontaneros de Aznar harán bien en informarse acerca de la salud de los familiares y amigos de las personas que el presidente desee visitar. Conviene evitar casas donde haya gente enferma, convalesciente o, simplemente, encamada. Un segundo tropezón haría del presidente una reedición del socialista Yáñez, otrora influyente par del "clan de la tortilla".

La historia nos demuestra que un cargo electo puede sobrevivir en la escena política acusado de haber participado en crímenes organizados, de abusar de becarias, de saquear la caja B o de haber trapicheado con patrocinadores de negrísimo currículum. Pero cuando un político es estigmatizado como gafe, sus días están contados. ¿Quién va a votar al cenizo que atrae la desgracia?

En este momento difícil para el presidente, y llevado por unos restos de espíritu navideño, me dispongo a brindarle consuelo. Lo haré como sigue: convenciéndole de que el redactado de la Ley de Extranjería que, muy a su pesar, recientemente aprobamos en España, acabará por pagarle buenos dividendos. Aquel semblante cariacontecido que lució en el Congreso, después de que CiU y los compañeros canarios abandonaran al PP en la votación definitiva, se transformará pronto en sonrisa de pionero.

Y ello será así porque, según un estudio que preparan las Naciones Unidas, Europa se verá obligada a abrir las puertas a 135 millones de nuevos emigrantes antes del 2025 (siempre y cuando nuestro continente —con una menguante tasa de población laboral propia— aspire a mantener su nivel económico, productivo y social). Alemania, según tal estudio, necesitará catorce millones. E Italia, nueve. No detalla los que precisará España, pero supongo que no estará muy lejos de Italia.

Ante tales necesidades, los países con una normativa restrictiva en materia de emigración —como la que pretendía Aznar y reclaman los gobernantes más miopes— van a verse abocados a giros legislativos copernicanos, antesala del descrédito.

Felicítase pues el presidente por su previsora, aunque involuntaria, victoria en el asunto de la Ley de Extranjería.

Ahora ya tan sólo le queda vencer a cada uno de los emigrantes con un ojo puesto en España de que ni él es gafe ni la navegación en patera acarrea terribles desgracias.●

Una sensación de tristeza

LLUÍS FOIX

He pasado horas estos días leyendo la monumental historia del siglo XX de sir Martin Gilbert, un historiador nacido en Londres, educado en Oxford, hijo de una familia judía de clase media británica, biógrafo oficial de Churchill, autor también de "The Second World War", seguramente la más documentada y amena obra sobre la Segunda Guerra Mundial, una autoridad sobre el Holocausto y, finalmente autor de esta historia del siglo XX, tres volúmenes de mil páginas cada uno, en la que relata, año por año, lo más relevante que ha ocurrido en nuestro siglo.

Leí el primer tomo, el que va desde 1900 a 1933, y ahora me he visto inmerso en el segundo, la etapa que va desde el año en que Hitler subió al poder en Alemania hasta 1953. No hay mucha opinión en su prosa. Se dedica simplemente a esbozar minuciosamente los hechos que cada año han ido conformando la realidad de este siglo que estamos en el trance de clausurar.

Una sensación de tristeza, de pesimismo, es inevitable al transcurrir los terribles años que van desde 1933 hasta 1945. Estudia, lógica-

mente, los avatares de la política española de los años treinta que condujeron a la tragedia de nuestra guerra civil.

Pero nuestro gran drama civil es un simple prólogo de cuanto ocurrió en Europa desde que dos ideas igualmente poderosas empezaron a enfrentarse hasta chocar frontalmente en los campos de batalla, en los bombardeos sangrientos de los años cuarenta, en las deportaciones, asesinatos y exterminación étnica de millones de ciudadanos europeos a los que no pudieron salvar las democracias occidentales, por la dubitación de los gobernantes de los países democráticos, especialmente Inglaterra, Estados Unidos y las bolsas de ciudadanos libres y más tolerantes que escaparon de los dos totalitarismos que devoraron a tantas personas, etnias y colectivos sin capacidad alguna para reaccionar y evitar su exterminio.

No es nada nuevo. Ya lo sé. También es cierto que nuestra historia europea, a partir de los años cincuenta hasta finales de siglo, es mucho más optimista, más constructiva y, sobre todo, más abierta y más consciente de los desastres de los años precedentes.

Tengo la convicción, sin embargo, de que muchas de las tragedias

que ha conocido Europa no pueden ventilarse como páginas más o menos dramáticas de nuestra historia que a finales de siglo parece que se ha enderezado en términos positivos con el derribo ahora hace diez años de las fronteras ideológicas, económicas, militares y sociales rehaciendo lo más positivo de la civilización europea.

Sería muy pedagógico que en las

NO SE PUEDEN olvidar las barbaridades perpetradas en Europa en este siglo

escuelas, en los periódicos y de manera especial en los medios públicos de comunicación se insistiera machaconamente en las barbaridades que los europeos hemos sido capaces de perpetrar en este siglo. Para aprender de ellas y, sobre todo, para no repetir las nunca más. No está tan lejos en el tiempo y en el espacio cuanto ha ocurrido para echarlo en el olvido de una historia

más o menos conocida a grandes rasgos.

¿Por qué un régimen de un país tan culto y tan avanzado como era Alemania en los años treinta fue capaz de construir una política que consideraba nacionalmente correcto el hecho, por ejemplo, de eliminar a todos los judíos, a los gitanos, a los mentalmente débiles, a niños, a mujeres, a enfermos? Una política que nacía de ideas muy perversamente articuladas en el núcleo duro del nacionalsocialismo que pretendió dominar el mundo con la pureza de una raza que controlaría a todas las demás.

¿Cómo se explica el absoluto desprecio de Stalin hacia el hombre concreto, hacia sus más directos colaboradores, hacia todo aquel que de palabra o de pensamiento osara desafiar la misma idea de su megalómano poder? ¿No es una perversidad sin límites lo que Stalin perpetró contra el pueblo polaco permitiendo la revuelta de Varsovia con la muerte de decenas de miles de resistentes por parte de los alemanes para poder apoderarse políticamente de Polonia? Es una historia triste, pero muy útil, que en estos tiempos de euforia conviene recordar.●

lfoix@vanguardia.es

GRUPO GODÓ

Presidente
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Antoni Cambredó
Director General: Carlos Godó Valls
Director de Comunicación: Marius Carol

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Antoni Cambredó
Director General: Antoni Piqué
Dtor. General de Operaciones: Jaume Francàs
Directora General Comercial: M.ª José Sarro
Director General Financiero: Carlos Gutiérrez
Dtor. Área Económica: Miguel Ángel Burgos
Director de Publicidad: Roldán Martínez
Dtor. de Planif. y Control: Francesc Teixidó
Director de Personal: José Ramón Mauri
Director de Compras: Jaume Villarsa
Director de Marketing: Ignacio Segura

Distribución: La Vanguardia Servicios